

*La evolución semasiológica de la raíz indoeuropea *pet- ('volar') y su rica polisemia en la lengua latina**

LUIS UNCETA GÓMEZ

RESUMEN

Se realiza en este trabajo una interpretación del contenido semántico originario del verbo latino *petere*, desligado por completo del sentido de su étimo indoeuropeo (**pet-*: 'volar'), con el objetivo de penetrar en las posibles causas de la diversificación significativa de este lexema. Para ello se propone la evolución semasiológica de esa raíz indoeuropea, en su paso al latín de época histórica, en los términos de la metáfora estructural ASPIRAR A UNA META ES VOLAR.

Palabras clave: Semántica latina. *Petere*. Polisemia. Metáfora estructural.

ABSTRACT

This paper presents an interpretation of the primitive semantic content of the Latin verb *petere*, completely unrelated to the meaning of its Indoeuropean root (**pet-*: 'to fly'). The objective of this analysis is to understand the possible causes of the diversification of the meanings of this lexeme. In order to do this, I propose the semantic evolution of this Indoeuropean root into the Latin language in terms of the structural metaphor AIMING FOR A GOAL IS FLYING.

Keywords: Latin semantics. *Petere*. Polysemy. Structural metaphor.

* Quiero expresar mi agradecimiento a los Dres. Rosario López Gregoris, Luz Conti Jiménez y Benjamín García Hernández por sus sugerencias y correcciones en la elaboración de este trabajo.

1. La polisemia de *petere* y su origen etimológico: la raíz *pet- ('volar').

Son muchos los significados y variantes contextuales que aglutina el verbo *petere*. El *OLD* nos proporciona, en su afán de exhaustividad, trece entradas, con otras tantas variantes en función del tipo de complementación que adopta o el contexto en que se actualiza. Sin embargo, no podemos hablar, en todos y cada uno de estos casos, de verdaderas significaciones, por lo que el criterio interlingual que sigue este diccionario, de gran utilidad para otros menesteres, no nos proporciona el número real de acepciones que posee un lexema. En este sentido, no nos parece económico (ni funcional en una lengua) el dilatar tanto el número de significados para la determinación de la polisemia de cualquier palabra; debemos distinguir, pues, entre las variantes y las invariantes funcionales que tal término posee. Y, en efecto, Ernout & Meillet diferencian en su diccionario 1° “se diriger vers, essayer d’atteindre”, d’abord avec idée accessoire de violence ou d’hostilité “se jeter sur, attaquer” (sens physique et moral); (...) 2° par affaiblissement de sens “se diriger vers, gagner”; (...) et, au sens moral, 3° “rechercher, solliciter”, (...) et enfin “demander” (...) employé absolument dans la langue politique avec le sens de “solliciter un mandat, être candidat” et dans la langue du droit avec celui de “être demandeur”. Y en la misma línea, el *Lateinisches Etymologisches Wörterbuch* de A. Walde propone, como significados básicos, los siguientes: «suche zu erreichen, eile, strebe; erbitte, fordere; bewerbe mich, verlange, klage an; suche auf; greife an; hole herbei».

Tales afirmaciones nos permiten defender, pues, que el campo semasiológico de *petere* abarca, al menos, tres significaciones básicas claramente diferenciadas. Y podemos hablar de una verdadera variedad significativa, de una polisemia genuina¹ (y dejar de lado así la concepción de meras realizaciones

¹ Entendemos por polisemia la relación semasiológica —del mismo modo que el fenómeno de la sinonimia se basa en una relación onomasiológica (cf. García Hernández 1997a y 1997b)— que atribuye una variedad significativa a un lexema caracterizado por su unidad etimológica, lo que la diferencia netamente de la homonimia desde el punto de vista diacrónico. No obstante, hay que tener en cuenta que puede ocurrir que términos que diacrónicamente son polisémicos, se conviertan sincrónicamente en homonímicos y viceversa (cf. Muñoz Núñez 1999, 74). Desde que Bréal introdujera, hace ya más de un siglo, el término de polisemia para designar la significación múltiple de un lexema, este fenómeno ha recibido amplio y variado tratamiento, no exento de controversia, desde distintos marcos teóricos. Puede verse al respecto García Hernández (1998) o García Yebra (1981), entre otros muchos. Además, la polisemia ha sido y sigue siendo uno de los puntos neurálgicos de la semántica de los prototipos (cf. Kleiber 1995), o cognitiva; buena muestra de ello son, por ejemplo, los trabajos de Cifuentes Honrubia (1990) y Touratier (1996). Por último, la obra de Muñoz Núñez (1999) constituye una puesta al día y una visión de conjunto de los aspectos más significativos de este fenómeno.

contextuales), desde la óptica de los distintos procesos aspectuales en que cada uno de los significados de este verbo se inscribe paradigmáticamente, lo que demuestra su funcionalidad en campos semánticos distintos²; y es que la significación consiste precisamente en la oposición de significados³.

De tal modo y en función del método de análisis recién esbozado, podemos defender, como significados básicos de *petere*, los siguientes:

‘dirigirse hacia un lugar’: *petere* - - (ad-) / *peruenire*

tanta ui in Pompeii equites impetum fecerunt, ut (...) omnes (...) incitanti fuga montis altissimos peterent. (Caes. civ. 3, 93, 6)

‘Atacaron con tanta fuerza a los jinetes de Pompeyo, que (...) todos (...), puestos en fuga, se dirigieron hacia los altos montes.’

con el sentido hostil derivado: ‘atacar’

cum Romani (...) tecta (...) occupassent ne peti superne ac uulnerari possent. (Liv. 24, 47, 3)

‘Los romanos (...) ocuparon las casas (...) para que no se les pudiera atacar desde arriba ni herir.’

‘buscar’⁴: *petere* - - *invenire*.

nam ab iratis si perspicue pax et beniuolentia petitur, non modo ea non inuenitur sed augetur (...) odium. (Cic. inv. 1, 21)

‘Pues si se busca a las claras paz y benevolencia en una persona airada, no sólo no se encuentra, sino que aumenta su indignación.’

² Sin embargo, se pueden determinar también significados distintos de un lexema polisémico dentro de un mismo campo o clase semántica (cf. García Hernández 1998, 899).

³ Cf. Coseriu (1977, 162 ss.). Muy reveladoras a este respecto nos parecen las palabras de García Hernández en su artículo sobre «Polisemia y análisis funcional del significado»: «(...), sin oposición no hay precisión significativa; y es que ésta no es sino la posición respectiva de dos elementos que se delimitan mutuamente. Una unidad significativa cualquiera tiene tantos significados cuantas oposiciones contrae; por ello, no dudamos en afirmar que éste es el criterio más adecuado para computar y definir la polisemia de las palabras». (García Hernández 1998, 902).

⁴ Cf. Domínguez Domínguez (1995, 185), para quien, sin embargo, *peto* no es propiamente un verbo de búsqueda, como tampoco lo es *sequor*, sino que se trata de dos lexemas que, en su origen, expresan simplemente un desplazamiento local (punto sobre el que volveremos más adelante) y en los que «se desarrolla, ocasionalmente, el contenido de ‘búsqueda’ a partir de su contenido adlativo e intencional primario».

‘pedir’: *petere* - - *impetrare* / *exorare*

a consule petit impetrauitque ut oratores mittere liceret regi.
(Liv. 37, 45, 4)

‘Pidió al cónsul y consiguió que se permitiera al rey el envío de portavoces.’

Sin embargo, tras esta maraña significativa, debemos intentar desentrañar la sustancia semántica común que unifique estos valores y acorte la distancia entre ellos. De los valores aparentemente heteróclitos de *petere*, de su aparente variedad significativa, vamos a tratar de determinar el significado básico, la unidad nocional común —la *Grundbedeutung* de la Semántica histórico-descriptiva tradicional— que pueda dar unidad a un término polisémico como el que nos ocupa, así como el proceso semasiológico y las motivaciones por las que se ha llegado a tal diversidad significativa⁵.

Y, en efecto, tras todos estos valores se puede intuir en este lexema un clasema «volitivo» evidente, en concreto una «orientación volitiva»; así, este verbo se encarga de la expresión de la persecución de un objetivo, de una meta, con independencia de cuál sea su naturaleza. De un significado básico como éste, que conjuga una componente direccional (que no motriz, como veremos) con una componente volitiva, es muy fácil desprender el resto de sus significaciones, que, en realidad, no son más que realizaciones concretas de esa intención, de esa pretensión, en función de las necesidades particulares que se derivan del momento, de la naturaleza de la meta o de las características del propio individuo que aspira a ella, entre otros criterios⁶. Estos

⁵ Cf. García Hernández (1998-1999, 295), quien afirma que «por más significados y acepciones que haya producido una palabra polisémica, suele mantener en el fondo cierta unidad sémica que representa su continuidad histórica y refleja el desarrollo cultural de la sociedad que la emplea. Este sentido de unidad, intuible bajo la diversidad, es algo que distingue a la polisemia de la homonimia. Por ello el criterio etimológico, pese a sus limitaciones, no deja de tener su propio valor, particularmente cuando el origen de la palabra es bien conocido. La conciencia del valor etimológico ayuda a explicar el desarrollo polisémico posterior». En semejantes términos hablan también Cifuentes Honrubia (1990, 108-112) y Touratier (1996, 91). Ésta es, por otro lado, la justificación metodológica que nos apoya en el análisis de la etimología de *petere* que abordaremos a continuación.

⁶ Con todo, no se nos escapa que estas significaciones serían en origen meras contextualizaciones, sentidos interpretables funcionalmente sólo dentro de determinados contextos, y que sólo andando el tiempo llegarían a convertirse en auténticos significados autónomos en función de las oposiciones que, como hemos visto, se fueron instaurando dentro del sistema de la lengua. Evidentemente, no se puede dejar de lado la perspectiva diacrónica del cambio semántico.

procedimientos pueden, por tanto, ser de muy diversa índole: una búsqueda, un movimiento (para alcanzar algo, por ejemplo), un traslado, una petición, etc. Es decir, los distintos significados de *petere* se encargan de ampliar la información acerca de la manera en que se acomete la consecución de la meta a la que se aspira, consecución que, no obstante, no está implícita en el significado de este verbo, que no expresa, de este modo, más que la 'pretensión de conseguir algo'. De hecho, este valor fundamental, presente en el contenido de todos los demás y que perfectamente podríamos traducir como 'aspirar a', 'tratar de obtener', se deja sentir todavía muy bien en un buen número de usos de este verbo:

numquam hodie quiescet priu' quam id quod petit perfecerit.

(Plaut. *Mil.* 214)

'No descansará hoy hasta que haya conseguido lo que pretende.'

certa mittimus dum incerta petimus. (Plaut. *Pseud.* 685)

'Dejamos lo seguro mientras que intentamos obtener lo inseguro.'

bona semper petere sapientem. (Lucil. 624)

'El sabio siempre trata de alcanzar bienes.'

ille qui eloquentiae principatum petet. (Cic. *orat.* 56)

'Aquél que aspira a la supremacía de la elocuencia.'

Y no en vano, la diosa *Peta*, de la que nos da noticia Arnobio (*nat.* 4, 7), era la encargada de presidir las primeras manifestaciones externas de la voluntad, función abstracta divinizada bajo el nombre de *Voleta* (*Tert. nat.* 2, 11), y diosa también afín a la pareja formada por *Volumna* y *Volumnus*⁷ que, como dioses propios de la edad infantil, inspiraban en el niño buenos deseos (*Aug. civ.* 4, 21).

De todo lo anterior puede deducirse que el valor que proponemos no es el meramente desiderativo⁸, sino un valor volitivo, que se diferencia del primero en

⁷ Acerca de todos estos dioses puede consultarse Contreras Valverde *et al.* (1992) en las entradas pertinentes.

⁸ No se trata, pues, de un mero acto optativo, que Mesa Sanz (1998, 553) define como «aquél que expresa una emoción del hablante sobre un estado de cosas, producido o no, acerca del que se solicita confirmación, y tanto su realización como su confirmación requiere algún tipo de acción», sino de un acto volitivo, que va un paso más allá en la consecución del objetivo propuesto, y en el que el elemento de voluntad, verdadero motor de buena parte de las acciones humanas, pone en marcha determinados mecanismos para permitir llegar así a la meta que se pro-

función de la capacidad real del hablante para conseguir sus objetivos, es decir, que éste tiene en su mano la posibilidad de activar determinados mecanismos que le permitan alcanzar la meta deseada, a la vez que nos sitúa en el pleno desarrollo de la acción. Y este hecho queda claramente evidenciado por la existencia de un derivado desiderativo, funcional desde la literatura latina de época arcaica, (*ex-*)*petesso*:

<PE> *quid ego faciam? nunc consilium a te expetesso, Apoecides.*
(Plaut. *Epid.* 255)

<PE> '¿Qué haré? Ahora deseo un consejo de tu parte, Apécides.'

Pero, ¿es posible extraer alguna evidencia del origen etimológico de *petere* que apoye el significado básico que acabamos de proponer? Para tratar de determinarlo, nos detendremos a continuación en los datos que nos proporcionan los diccionarios etimológicos.

Hay total unanimidad al considerar la raíz indoeuropea *pet- como étimo de *petere*. Y que su significado originario era 'volar', se encargan de evidenciarlo las formas del griego (πέτομαι)⁹ y del antiguo indio (*pátati*), que mantienen este significado originario. A esta misma raíz se remontan también otros términos latinos como *petulans*, *petulcus*, *impetus*¹⁰ o *pro(p)teruus* (< *pro-pteru-o-), todos especializados en el sentido hostil que señalábamos más arriba. Como vemos, el sentido originario parece totalmente perdido en la lengua latina. Sin embargo, existen determinadas palabras que permiten defender el desarrollo a partir de esta raíz. El lenguaje augural nos ha transmitido el adjetivo *praepes*, 'volador', utilizado como epíteto de las aves que proporcionan los auspicios. Del mismo modo, *penna* (con su homólogo dialectal *pinna*), parece remontarse a la formación de instrumento **petna*: 'que sirve para volar', 'pluma', 'ala' (*cf.* gr. περόν con otra forma radical y skr. *pátram*). Por último, la forma *acci-*

sigue. De este modo, se puede proponer que la acción que designa *petere* funciona como un paso intermedio en la relación secuencial que se establece entre el deseo y la consecución del objetivo propuesto.

⁹ Según Pokorny (1959, s. v. *pet-), en griego se produjo además una extensión de significado con cambio en el grado del vocalismo (πετε-, πτη-, πτω-) con el sentido específico de 'caer' (*cf.* πίπτω, πίτυλος), fácilmente derivable del anterior. Rix, por su parte, propone una distribución radical distinta: atribuye a la forma **peth₁*- el significado de 'caer', mientras que a la forma *peth₂*- le corresponderían los sentidos 'volar' y 'extenderse'. Éste último se entiende bien si pensamos en las alas extendidas de un ave en pleno vuelo (*cf.* gr. πέτασος, πετάννυμι y lat. *pando*, *pateo*).

¹⁰ Sobre los problemas de formación que plantea este término puede verse Ernout & Meillet (1974, s. v. *peto*) y Sandoz (1988, 11-12).

piter ('ave rapaz'), aunque discutida¹¹, nos proporciona un tercer indicio en este sentido, al contener en su segundo elemento la forma *petr-.

Parece, pues, que el sentido etimológico originario de este verbo, lejos de ser sentido por los hablantes latinos de época histórica (no hemos encontrado ni un solo testimonio al respecto), era para ellos un total misterio por lo que el cambio de significado tuvo que operar en un momento bastante anterior. Sin embargo, creemos poder explicar su evolución semasiológica como un proceso metafórico en el que un contenido semántico, concretado por nuestra interacción con el medio ambiente, como es 'volar', ha desplazado su área de significación, para pasar a designar una realidad abstracta —en un paso de percepción física a percepción intelectual—, de la que podemos inferir ciertas relaciones de implicación con su antecedente nocional. Nos hallamos, por tanto, ante un proceso de cambio semántico que tiene su fundamento en la metáfora. Y si de metáforas hablamos nos parece obligada la alusión al concepto de «metáfora estructural», surgido en el marco teórico de la lingüística cognitiva, y que se está erigiendo en un útil método de análisis semántico.

2. El concepto de «metáfora estructural» y su implicación en el cambio semántico

La lingüística cognitiva¹², surgida como una rama escindida de la gramática generativo-transformacional, propone fundamentalmente una visión experiencialista de las capacidades cognitivas humanas y, por tanto, del propio lenguaje, ámbito en el que la importancia del cuerpo humano en la comprensión de conceptos, de los más concretos a los más abstractos, resulta evidente. Y esa comprensión de la realidad se realiza a través de un conjunto de operaciones cognitivas, denominadas categorización, aspecto en el que ha cobrado especial fuerza la teoría de los prototipos y que se opone a la concepción clásica de las cate-

¹¹ Pokorny relaciona su primer elemento con la forma *oku- ('veloz'). Para un análisis conjunto de todos estos términos puede consultarse también Sandoz (1988). Bréal (1924, 128 y 194 n. 1) pone de manifiesto además la relación de *propitius* —que según sus propias palabras expresa «le vol en avant»— con esta misma raíz.

¹² Para una aproximación general a las propuestas de este marco teórico puede consultarse Cuenca & Hilferty (1999). Hay que advertir, además, de las dificultades que surgen de la aplicación de este modelo a una lengua como la latina, para cuyo estudio partimos de un *corpus* cerrado y carecemos de criterios claros de competencia. Sin embargo, que el Cognitivismo puede servirnos como un útil instrumento de análisis, se encargan de demostrarlo los trabajos de algunos estudiosos como García Jurado (2000 y 2001), García Jurado & López Gregoris (1995) y López Gregoris (en prensa, 108 ss.), entre otros.

rias como compartimentos estancos. Por su parte, los llamados modelos cognitivos idealizados permiten organizar estos esquemas de conocimiento, ya que son esquemas parciales de todo lo que conocemos acerca del mundo. Y en efecto, una de los mecanismos de organización de la realidad que nos rodea y de nuestro propio espacio mental es precisamente la metáfora. Lakoff & Johnson proponen en su obra *Metáforas de la vida cotidiana* una visión de la metáfora no ya como una mera figura retórica, ni como una anomalía del lenguaje, sino como un proceso cognitivo que impregna nuestra lengua y pensamiento habituales, al permitirnos comprender situaciones complejas o realidades abstractas a partir de conceptos más básicos y conocidos de la realidad tangible y de una manera tan interiorizada, que ni siquiera reparamos en ella¹³. De este modo, «puesto que las expresiones metafóricas de nuestro lenguaje se encuentran enlazadas con conceptos metafóricos de una manera sistemática, podemos usar expresiones lingüísticas metafóricas para estudiar la naturaleza de los conceptos metafóricos y alcanzar una comprensión de la naturaleza metafórica de nuestras acciones» (Lakoff & Johnson 1991, 43); sólo así se explica el hecho de que muchas de nuestras actividades (discutir, calcular el tiempo, resolver problemas, etc.) sean de naturaleza metafórica. Por lo tanto, el concepto de «metáfora estructural» nos permite estructurar un procedimiento lingüístico que ha venido siendo considerado tradicionalmente como ajeno a la estructuración¹⁴, precisamente porque las expresiones metafóricas convencionales forman parte de sistemas coherentes y no pueden ser consideradas como arbitrarias e inmotivadas (cf. Touratier 1996, 84). En efecto, existe otro tipo de relaciones metafóricas que no estructuran un concepto en términos de otro, sino que se encargan de organizar, de manera global, un conjunto de conceptos en relación a otro: son lo que los autores denominan «metáforas orientacionales», dado que remiten a la orientación espacial y tienen su origen en la experiencia física, por lo que no se atribuyen de manera arbitraria. Junto a ellas funcionan también las «metáforas ontológicas», que se basan en nuestro contacto con los objetos físicos y que nos

¹³ Tal y como lo vio ya Bréal (1924, 124) mucho antes: «Mais la métaphore ne reste telle qu'à ses débuts: bientôt l'esprit s'habitue à l'image; son succès même la fait pâlir, elle devient une représentation de l'idée à peine plus colorée que le mot propre».

¹⁴ Cf. López Gregoris (en prensa, 109-110): «Las metáforas estructurales permiten la aplicación de un método estructural porque precisamente funcionan como estructuras que sirven para la explicación de dos realidades, la donante o referente y la adoptiva o nueva. Ello no quiere decir que la segunda realidad se limite a usar las estructuras previamente establecidas en el concepto donante; de hecho, una de las ventajas que ofrece la teoría de Lakoff & Johnson es precisamente la de estudiar las nuevas posibilidades que desarrolla el concepto receptor, explorando vías y medios no incluidos en la estructura del término donante, sobre todo para las lenguas habladas».

permiten entender nuestras experiencias como si de objetos se tratara, es decir, permiten establecer partes, cuantificarlas, agruparlas, etc., para facilitar su comprensión. Estos dos tipos constituyen los procedimientos más básicos que poseemos para comprender nuestra experiencia y, por ello, ambos se encuentran en la base de la organización de las «metáforas estructurales» y les proporcionan coherencia y consistencia.

Esta concepción de la metáfora como un mecanismo que estructura nuestro sistema conceptual y que nos permite entender, mediante dominios bien delimitados de nuestra experiencia cotidiana, otros dominios que resultan menos accesibles para nuestra comprensión nos va a ayudar, pensamos, a aventurar la génesis del desarrollo semasiológico que experimentó la raíz indoeuropea *pet- en su paso al latín *petere*. Así, podemos representar la evolución semasiológica de este verbo, desde sus más remotos orígenes hasta los datos que observamos en los textos latinos, en términos de la metáfora estructural ASPIRAR A UNA META ES VOLAR. Pero en el paso de la evidencia primera que nos proporciona la comparación de las lenguas indoeuropeas a la variedad significativa que se verifica en época histórica, representado en la metáfora estructural recién mencionada, se nos plantean dos cuestiones problemáticas, a las que intentaremos dar respuesta a continuación:

1. ¿cómo un dominio de origen tan aparentemente alejado de la experiencia humana como es el de realidades que se manifiestan en el cielo ha podido servir para estructurar una realidad compleja y abstracta? y
2. ¿cuáles son las correspondencias e implicaciones que se establecen entre ambos conceptos y que permiten establecer tal identificación?

La primera cuestión pone de manifiesto la extrañeza que provoca a los ojos de individuos integrantes de una sociedad como la nuestra, ajena en la mayoría de los casos a la observación del cielo más que para fines puramente pragmáticos, la identificación de una realidad, que no por abstracta resulta menos normal y cotidiana, a otra realidad, que, si bien es tangible o, mejor, experimentable, está alejada de nuestros intereses más inmediatos. Sin embargo, debemos tener muy en cuenta que las sociedades antiguas, en general, contemplaban el cielo y le conferían una importancia extraordinaria, comprensible por las implicaciones de tipo religioso que posee.

Así pues, *petere* no es el único caso de empleos metafóricos de conceptos asociados genéricamente al cielo en la lengua latina; el léxico nos proporciona algunos datos más relativos a esta importancia: un desarrollo similar se observa en *contemplari*, pues este verbo es un derivado parasintético de *templum* —del que deriva también el adverbio *extemplo* (cf. Bréal 1924, 129)—, término augu-

ral que designaba el espacio de cielo, delimitado por el augur, que le servía como punto de referencia para la observación e interpretación del vuelo de las aves¹⁵. Del mismo modo, los lexicógrafos y gramáticos antiguos tenían clara la relación etimológica de los verbos *considerare* y *desiderare* con el sustantivo *sidus*, *-eris*¹⁶. E igualmente podemos ver una imagen ascendente, cuando menos, en el origen de un verbo netamente desiderativo como es *cupire*¹⁷, en función de su indudable relación con determinados aspectos de las acciones sacrificiales que entrañan, de manera evidente, un componente desiderativo claro.

Como vemos, el papel preeminente que ocupaba el cielo en los esquemas cognitivos de la sociedad romana —aunque no exclusivamente en ella— tiene su claro reflejo en la lengua; pero también en otros aspectos. Hemos de fijarnos fundamentalmente en uno de sus principales métodos de adivinación, que nos proporciona quizá el indicio más significativo de esta tendencia generalizada a levantar la mirada hacia el cielo: los auspicios¹⁸, que etimológicamente

¹⁵ Cf. Paul. Fest. (p. 34, 9): *contemplari dictum est a templo, id est loco qui ab omni parte aspici, uel ex quo omnis pars uideri potest, quem antiqui templum nominabant.*

¹⁶ Como muestran los siguientes testimonios: *considerare a contemplatione siderum uidetur appellari.* (Paul. Fest. p. 37, 4); *desiderare et considerare a sideribus dici certum est.* (Paul. Fest. p. 66, 7). Sin embargo, García Hernández ha intentando, a lo largo de diferentes trabajos, desterrar esta *communis opinio* acerca del origen de estos verbos, demostrando que no se trata más que de una etimología popular, basada en cuestiones de homofonía. Puede verse al respecto sus artículos de 1996 (sobre todo las páginas 27-32), 1997-1998, el artículo en prensa citado en la bibliografía y, fundamentalmente, el de 1991, en el que pasa revista a las hipótesis propuestas para el origen y la etimología de *considerare* y se decanta por su derivación de *considerare*, mediante el mismo tipo de sufijo intensivo que muestra *tollerare*. En cualquier caso, rechaza de plano la derivación a partir de *sidus*, esgrimiendo el propio contenido semántico de este verbo como argumento.

¹⁷ Walde (1965, s. v. *cupio*) propone como raíz la forma **q(e)uep-* y, aunque consciente de las dificultades que conlleva, apunta su posible relación con lat. *uapor*. De cualquier modo, como señalan Ernout & Meillet, dado el carácter afectivo de este verbo, cualquier hipótesis resulta incierta, pero ven imágenes semejantes en el uso figurado de lat. *ardeo* y del gr. ἐπιθυμέω.

¹⁸ En la clasificación que nos proporciona Festo de los signos premonitorios observados por los augures, los dos primeros puestos los ocupan precisamente señales que se manifiestan en el cielo: *quinque genera signorum obseruant augures publici: ex caelo, ex auibus, ex tripudiis, ex quadripedibus, ex diris.* (Fest. p. 316, 18). Además, según Bréal (1924, 129), el propio término *augurium* sería un compuesto con la palabra *auis* en su primer elemento. Por otro lado, Ernout & Meillet (s. v. *uolo*), señalan, en función de la relación de la forma *uolare* con el ved. *garútmán* (nombre de un pájaro celeste) y el skr. *garudáh*, la relación del término latino para «volar» con un grupo de términos de la lengua religiosa que el latín habría conservado por medio de la ciencia augural. Hay que destacar igualmente la homonimia que establece este verbo, en su primera persona del singular del presente de indicativo con la misma forma del verbo *uelle*, la expresión de la volición por antonomasia en la lengua latina, pues si bien esa homonimia se habría producido probablemente por azares fonéticos, pudo muy bien proporcionar mayor entidad a la metáfora estructural que proponemos.

remiten a la observación directa de las aves, fundamentalmente de su vuelo, que, como característica prototípica de estos animales, se convierte en el encargado de dar a conocer a los humanos la voluntad de los dioses, y que, como señala J. Bayet (1984, 61), recibía un curioso tratamiento pragmático en esa sociedad, en comparación con la griega, que también practicaba esta forma de adivinación.

Enlazamos así con la segunda cuestión que se nos planteaba al proponer la metáfora estructural ASPIRAR A UNA META ES VOLAR, pues, si las aves y, en concreto, su vuelo se constituyen como mediadoras de los designios de los dioses, es muy fácil llegar a identificar el propio vuelo con el concepto de «voluntad», de «dirección volitiva» como proponíamos más arriba. De hecho, dado que las aves, y su vuelo, son las intermediarias entre el ámbito de acción de los dioses y el de los hombres, es muy significativo que el dios encargado de esta función de mensajero, de mediador en las relaciones entre la esfera divina (celeste) y la humana (terrestre), Mercurio, como Hermes, su homólogo en la mitología griega, aparezca en la iconografía dotado con el atributo característico de las aves, las alas, que pueden llegar a repetirse hasta en tres ocasiones: en su sombrero (pétaso), en sus sandalias e incluso en el atributo que le es propio, el caduceo. Resulta evidente, pues, que las alas proporcionan, en la mentalidad del hombre antiguo, el medio de acceso a la divinidad y la expresión de su voluntad¹⁹. Desde esta misma óptica se puede llegar a entender bien la iconografía alada de la diosa Victoria, asimilada a la griega Nike y encargada de coronar al general que había alcanzado su objetivo: el triunfo en la batalla. Y del mismo modo, el par Cupido / Eros, como personificación de ese sentimiento humano que entraña deseos, aspiraciones y esperanzas, el amor, aparece también indefectiblemente representado con alas. Incluso el amor, a pesar de su carácter abstracto, puede adoptar este atributo que se comporta como sím-

¹⁹ Por la misma razón, su función de mediadora entre el cielo y la tierra, se representa a Iris, en el panteón griego, como una diosa alada. También Platón en su *Fedro* (246d) hace referencia a este tema cuando, al hablar del poder natural de las alas, dice que tienen la virtud de «levantar lo pesado, llevándolo hacia arriba, hacia donde mora el linaje de los dioses. En cierta manera, de todo lo que tiene que ver con el cuerpo, es lo que más unido se encuentra a lo divino» (Trad. E. Lledó Íñigo, Madrid, Gredos). La concepción de las alas como instrumento para elevarse por encima de la gravedad terrestre y alcanzar un estado elevado por encima del mundo de los humanos, así como expresión de pertenencia a la región del cielo llega hasta la iconografía cristiana, que representa a ángeles, arcángeles, querubines y demás jerarquías celestiales provistos de alas. De ahí también que, en muchas ocasiones, el alma se presente como una entidad alada. A partir de tales concepciones se puede llegar a interpretar el pensamiento mítico como una forma de categorización de la realidad (Cf. el *Principio de mito y creencia* propuesto por Dixon *apud* Lakoff 1987, 94).

bolo materializado de las aspiraciones y deseos y que se interpreta por medio de la metáfora del vuelo²⁰:

*qui tamen insequitur, pennis adiutus amoris
ocior est requiemque negat tergoque fugacis
iminet et crinem sparsum ceruicibus adflat.* (Ov. met. 1, 540-543)

‘Sin embargo, el perseguidor, ayudado por las alas del amor, es más rápido, se niega el descanso, acosa la espalda de la fugitiva y echa su aliento sobre los cabellos de ella que le ondean sobre el cuello’²¹.

(...) ‘*meus est amor huic similis; nam
transuolat in medio posita et fugientia captat*’. (Hor. sat. 1, 2, 107-108)

‘Mi amor es igual a ello, pues sobrevuela lo que está al alcance y da caza a lo que huye.’

Pero ésta no es la única asociación que podemos proponer entre ambos conceptos, puesto que otros indicios, quizá menos evidentes, pero igualmente significativos, apuntan en esta dirección. Únicamente podemos entender los siguientes ejemplos plautinos si entendemos las alas con las atribuciones que acabamos de exponer:

*nudo detrahere uestimenta me iubes.
defrudem te ego? age sis tu, sine pennis uola.* (Plaut. Asin. 92-93)

‘Me ordenas que le quite la ropa a un desnudo. ¿Que te estafe yo? Anda, por favor, vuela tú sin alas.’

<SY> *ut ego hanc familiam interire cupio.* <MI> *adde operam, si cupis.*
<SY> *sine pinnis uolare hau facilest: meae alae pinnae non habent.*
(Plaut. Poen. 870-871)²²

<SI> ‘Como yo deseo la ruina de esta casa.’ <MI> ‘Ponte manos a la obra, si lo deseas.’

<SI> ‘No es fácil volar sin alas; mis alas no tienen plumas.’

²⁰ De hecho el modificado *expetere*, al que el preverbio *ex-* dota de una función intensiva en el plano extensional (Cf. García Hernández 1980, 160), puede muy bien ser utilizado para designar los deseos amorosos: puede verse, por ejemplo, Plaut. *Merc.* 937 y *Mil.* 1386.

²¹ Traducción de A. Ruiz de Elvira, Madrid, CSIC, 1992.

²² Este contexto permite a Plauto además establecer un juego de palabras, materializado en el siguiente parlamento del esclavo Milfión, en función de la ambigüedad léxica que se establece al actualizar al mismo tiempo dos significados de *alae*: ‘alas’ y ‘axilas’ (Cf. García Yebra 1981, 48). Pero esta anfibología no invalida en absoluto el significado que proponemos a la expresión metafórica *sine pennis uolare*.

Como vemos, las alas se erigen, en estas expresiones metafóricas, en el símbolo de la capacidad de llevar a cabo alguna acción, es decir, en virtud de su papel responsable en el vuelo de los pájaros, se establece la identificación con la voluntad, responsable último de buena parte de las acciones humanas. De hecho, incluso la voz, las palabras, como transmisoras de los deseos e intenciones del hablante, pueden ser caracterizadas como entidades voladoras:

<ME> *uox mi ad auris aduolauit. <SO> ne ego homo infelix fui qui non alas interuelli: uolucrem uocem gestito.* (Plaut. *Amph.* 325-326)

<ME> 'Una voz llegó volando hasta mis oídos.' <SO> 'Pobre de mí, que no le corté las alas; será que tengo una voz voladora.'

Pues bien, si las alas faltan —como veíamos en la expresión plautina *sine pennis uolare*—, es imposible la consecución del objetivo propuesto. Éste es el sentido en el que hay que interpretar, igualmente, el siguiente pasaje de Platón, que pone de manifiesto para la lengua griega una conceptualización de ambas realidades en términos similares:

<ΣΩ> τί δαί; πετόμενόν τινα διώκεις;

<ΕΥΘ> πολλοῦ γε δεῖ πέτεσθαι ὅς γε τυγχάνει ὄν εὔ μάλα πρεσβύτης (Pl. *Euthyphr.* 4a)

<SOC> '¿Qué pues; persigues a un pájaro?'

<EUT> 'Está muy lejos de volar; es, precisamente, un hombre muy viejo'²³.

En este caso el vuelo se concibe, en función de la óptica humana, como algo alejado de nuestras posibilidades, y por tanto, en sentido metafórico, como algo que se escapa de nuestro ámbito de influencia, algo difícil de atrapar, un imposible, una utopía. La intención volitiva se interpreta, de este modo, en términos de una acción que no está al alcance del hombre, pero que, precisamente por eso, es algo que produce una irresistible atracción, es algo a lo que hay que aspirar, como hacen Pistetero y Evélpides al fundar la «Ciudad de las nubes», sinónimo de la utopía social que los protagonistas persiguen en *Los Pájaros* de Aristófanes²⁴. De esta comedia se colige la última implicación que proponemos

²³ Traducción de J. Calonge Ruíz, Madrid, Gredos, 1985.

²⁴ Véanse, por ejemplo, los versos 785-796, en los que el coro de pájaros expone los beneficios concretos que obtendría el hombre si tuviese alas. Cf. además Easterling & Knox (eds.) (1990, 418), para las ideas relacionadas con el aire y la posición elevada en el cielo, tanto en esta obra como en *Las Nubes*.

entre estos dos conceptos: si el vuelo se utiliza como metáfora de un objetivo (sencillo o complicado), que hay que tratar de conseguir, es porque precisamente el objetivo por antonomasia del hombre, como si del trasunto de un Ícaro genérico se tratara, ha sido, hasta hace relativamente poco tiempo, precisamente el de volar. La voluntad se identifica plenamente así con el vuelo, y ahí es, precisamente, donde radica la gran belleza y plasticidad y la enorme fuerza expresiva y evocadora de esta metáfora estructural, origen de la polisemia de *petere*. Esa identificación entre ambos conceptos posee, además, unas implicaciones que responden a nuestra experiencia física del mundo que nos rodea; así, en esta metáfora inciden otros esquemas cognitivos más generales como son las «metáforas orientacionales» MÁS ES ARRIBA, LO BUENO ES ARRIBA O LO INACCESIBLE ES ARRIBA (cf. Lakoff & Johnson 1991, 51-54), puesto que los objetivos se conceptualizan como algo que se encuentra por encima de nosotros, es decir, lo que está fuera de nuestro alcance es, paradigmáticamente, lo que está arriba. Por lo tanto, si de lo que se trata es de alcanzar algo que nos resulta inaccesible —y que se concibe además con características positivas— porque «está arriba» y el vuelo es la forma de acceder a lo que se escapa de nuestro ámbito de influencia, resulta absolutamente coherente la identificación de las nociones de «vuelo» y «dirección volitiva».

De este modo, aunque la conciencia de su origen etimológico se hubiera ya perdido en época histórica de la lengua latina, hemos podido verificar la plena vigencia de la metáfora estructural ASPIRAR A UNA META ES VOLAR. De hecho Varrón nos proporciona un empleo límite en el que la relación cognitiva que se establece entre ambos conceptos queda patente; como el ave rapaz que en pleno vuelo se lanza sobre su presa, así el hombre acomete su objetivo:

animal quod petere soleant accipitres. (Varro *rust.* 3, 7, 7)

‘El animal que suelen tratar de alcanzar las aves rapaces.’

Como hemos tenido ocasión de comprobar a lo largo de todos estos testimonios, la metáfora estructural propuesta para la explicación del cambio semántico de *petere* no ha sido formulada únicamente para tal fin, sino que en otros ámbitos y contextos se puede percibir claramente una compleja trama de asociaciones y un alto grado de implicación entre las ideas de vuelo y volición, y es precisamente el concepto de «metáfora estructural» el que nos da la clave para interpretar todos estos datos, en apariencia inconexos. De hecho, aunque a simple vista pudiera parecer lo contrario, estos esquemas mentales, que tienen su fiel representación lingüística, han dejado sus huellas a lo largo del tiempo. Basta una rápida ojeada al *DRAE* para darse cuenta de que un buen

número de expresiones metafóricas del español dejan sentir todavía estas concepciones. Y así se aprecia en determinadas expresiones formadas con un término como las alas: «osadía, libertad o engreimiento con que una persona hace su gusto o se siente superior por el cariño que otros le tienen o la protección que le dispensan. ú. m. con los verbos *dar* o *tomar*». Piénsese además en expresiones como «ahuecar el ala», «arrastrar el ala», «caérsele a alguien las alas», «cortar, quebrantar o quebrar a alguien las alas», «volar alguien con sus propias alas», «remontar el vuelo», «ser de altos vuelos», «volar alto», etc., así como el propio verbo «aspirar a», cuyo origen se remonta a una metáfora ascensional, del aire que respiramos en este caso, y que remite a la acción por medio de la que se intenta conseguir algo que está por encima de nosotros. Así, aunque las metáforas estructurales sean básicamente culturales, por lo que resultan en gran medida propias de cada lengua, podemos considerar esta conceptualización metafórica concreta como una corriente de pensamiento, al menos en el ámbito occidental, que traspasa las fronteras de las culturas individuales.

3. De nuevo sobre el desarrollo polisémico de *petere*

Tras haber intentado demostrar que el origen etimológico, por medio de un proceso de traslación metafórica, pone de manifiesto que el significado básico de este verbo es, como decíamos, el de 'tratar de obtener', es decir, la dirección volitiva, nos parece interesante retomar el tema de su polisemia, para tratar de determinar la forma en que se produjeron las distintas especializaciones de significado, emanadas todas ellas de ese significado básico.

Pues bien, como hemos adelantado (*cf.* n. 4), para algunos autores el significado primario u originario de *petere* sería el de 'dirigirse a un lugar'. Sin embargo, a lo largo de este trabajo hemos intentado contradecir esta opinión, pues existen varios inconvenientes para que el desarrollo polisémico al que venimos haciendo referencia se hubiera producido de esta forma. En primer lugar, si bien *petere* es claramente un verbo dinámico, no tiene que implicar necesariamente, en todas sus acepciones, un desplazamiento físico²⁵. Si acepta-

²⁵ Así, por ejemplo, en Plaut. *Mil.* 762 (*sed procellunt sese et [procumbunt] in mensam dimidiati, dum (sc. cibum) appetunt*), aun tratándose de un modificado de la base mediante el preverbo *ad-*—que proporciona un valor sémico adlativo de «aproximación» (*Cf.* García Hernández 1980, 132)—, se aprecia bien lo que decimos, pues los invitados al banquete «tratan de alcanzar» los platos recostados sobre sus triclinios. Este ejemplo nos pone de manifiesto, además, la actualización del significado base en un sentido físico ('intentar coger').

mos la categorización de la realidad por medio de la metáfora, como parece claro en un desplazamiento de significado tan notorio, no es adecuado afirmar que una noción fuera del alcance del hombre, como es 'volar', perfectamente asimilada a la forma de desplazamiento de determinados animales, haya pasado a designar el tipo de movimiento que desarrolla el hombre, realidad, por otro lado, bien representada por otros lexemas de la lengua latina. Nos parece, pues, mucho más acorde con los esquemas de categorización y con la visión del mundo un desarrollo inverso, de abstracción progresiva, como el que hemos defendido, pues la noción de 'vuelo' es mucho más apta para la designación de una realidad más abstracta como es la «volición» que la del simple desplazamiento físico característico del hombre. A ello se une el hecho de que, como significado primario, el motriz dificultaría enormemente la interpretación del desarrollo del resto de significados secundarios.

En realidad lo que ocurre es que, al implicar el desarrollo de esas metas un movimiento en muchas ocasiones (y al estar también próximos nocionalmente el «intentar conseguir un objetivo» y el «intentar llegar a un lugar», «dirigirse a un lugar»), es lógico que el núcleo significativo básico (intencionalidad volitiva) se haya especializado en un sentido de movimiento, del que, insistimos, carecería primariamente.

En efecto, como se desprende de los siguientes ejemplos, «dirigirse hacia un sitio» puede interpretarse en ocasiones como una subfinalidad que debe realizarse antes de que sea posible alcanzar el logro principal²⁶:

*nam si opulentus it petitum pauperioris gratiam,
pauper metuit congregiri, per metum male rem gerit.*
(Plaut. *Aul.* 247-248)

‘Pues si un rico va a pedir el favor de uno más pobre, el pobre teme entrar en contacto con él y, por el miedo, todo sale mal.’

²⁶ Cf. Lakoff (1987, 277): «In this particular case, there is a identity between the domain of purpose and the physical domain. In the domain of purpose, there is an initial state, where the purpose is not satisfied, a sequence of actions necessary to achieve the final state, and a final state where the purpose is satisfied. Thus, there is a correlation in our experience, between a structure in the purpose domain and a structure in the domain of movement:

Initial State = Location A (starting point)

Final (Desired) State = Location B (end point)

Action Sequence = Movement from A to B

This pairing in our experience is not metaphorical; it is a special case of achieving a purpose, where that involves movement. It is, of course, an extremely important special case, since it is used over and over, every day, and is absolutely vital to our everyday functioning in the physical environment».

<PH> *nunc hinc parasitum in Cariam misi meum
petitum argentum a meo sodali mutuom.* (Plaut. *Curc.* 67-68)

<FE> 'Acabo de enviar a Caria a mi parásito para que le pida dinero a un amigo mío.'

Además, ese desplazamiento es necesario si el objetivo que se persigue posee movimiento por sí mismo y trata de escapar; una presa de caza, por ejemplo:

haud mora, continuo praedae (sc. *Picus*) *petit inscius umbram.*
(Ov. *met.* 14, 362)

'Al instante y sin tardanza, Pico, que nada sabe, va tras de aquella sombra de presa.'²⁷

Y puede incluso identificarse propiamente con una finalidad, si la intención de llegar a algún lugar persigue únicamente su propia consecución. De ahí que propongamos que no es absolutamente necesario pensar en una componente direccional motor inherente al significado originario de este verbo, sino que defendemos, simplemente, un sentido de 'intencionalidad' o 'dirección volitiva'.

Nuevamente debemos recurrir aquí a los estudios de lingüística cognitiva para intentar dilucidar la forma en la que se produjo tal diversificación del significado básico, pues parece claro que ambas ideas (destino y finalidad) están íntimamente ligadas, puesto que tanto estas dos, como la de futuridad —el destino de la trayectoria se alcanza en el futuro—, «disfrutan de una cierta contigüidad en el dominio de las trayectorias» (Cuenca & Hilferty 1999, 138)²⁸, es decir, comparten un isomorfismo, una correlación estructural basada en nuestra propia experiencia (cf. Lakoff 1987, 278) y que se puede representar del siguiente modo:

²⁷ Traducción de A. Ruiz de Elvira, *ibid.*

²⁸ Justamente tal concepción es la que ha servido a estos autores (Cuenca & Hilferty 1999, 137-142) para analizar los distintos valores de la perífrasis *ir* + infinitivo del español (presente también en otras lenguas) como una propiedad emergente del citado esquema de trayectorias, dotando de una especial importancia «al carácter catalizador de los procesos metonímicos en la configuración de esta red conceptual» (*ibid.*, 139). Así pues, como observamos en este caso, los procesos metonímicos permiten la utilización de un submodelo para comprender, de manera global, una categoría.



Esquema de las trayectorias. (Cuenca & Hilferty 1999, 139).

Como vemos, es muy sencillo llegar a la identificación entre la idea de finalidad y la de destino, pues ambas realidades se conceptualizan de manera análoga.

Por último, en contra de la propuesta que defiende ‘dirigirse a un lugar’ como significado básico, debemos añadir la evidencia sintáctica. El esquema argumental de este verbo, netamente transitivo incluso en los casos en que se actualiza este significado, difiere radicalmente del de los verbos de movimiento genuinos, que adoptan mayoritariamente otro tipo de complementaciones (ablativo, sintagma preposicional, adverbios, etc.) y que pueden ser incluso complementos de tipo facultativo. El proceso de transitivación que experimentó este verbo desde su significado originario y que algunos autores justifican por su entrada en la esfera significativa de *quaerere* —lo que explicaría sus especiales formas de perfecto y supino (cf. Sandoz 1988, 9)—, pone de manifiesto una profunda renovación de su sustancia semántica²⁹. De cualquier modo, lo que queremos es llamar la atención sobre el hecho de que no es el contenido de movimiento el que prima en este verbo, aunque éste pueda estar incluido como acción complementaria (o necesaria incluso) en determinadas concreciones de su sentido básico, comportándose así como un mecanismo más para la consecución de una meta.

²⁹ Puede verse Bréal (1924, 194 ss.) donde se exponen desplazamientos de significado paralelos. De hecho, en el recién mencionado *quaerere* se puede ver un movimiento nocional similar, pues nuestro «querer» estaría conservando, según Lapesa (1981, 93), el uso arcaico que se documenta en Terencio para la expresión de la volición y que, posteriormente, pasaría a significar ‘buscar’ y sería suplantado por *uelle* en esa función.

Únicamente nos resta por tratar los otros dos significados que proponíamos como genuinos, en virtud del criterio de oposición, al principio de este trabajo. Estos significados no son más que realizaciones concretas, las más significativas, de ese proceso de intentar obtener algo. Ambos, aún formando parte de procesos aspectuales distintos, están sujetos, con todo, a interpretaciones contextuales. Un actante no humano, por ejemplo, sólo en raras ocasiones podrá actuar como sujeto de una búsqueda, y mucho menos de una petición. Sus intervenciones como sujetos de este verbo se limitarán, en la mayoría de las ocasiones, al sentido físico de 'tratar de coger' (cf. n. 25), en el que el valor abstracto del que procede se actualiza de manera objetiva y tangible. Téngase en cuenta el ejemplo de Varrón recogido más arriba y el que reproducimos a continuación:

<GR> *uidi petere miluom, etiam quom nihil auferret tamen.*
(Plaut. *Rud.* 1124)

<GR> 'He visto al milano intentar alcanzar (sc. su presa) y, sin embargo, no conseguir nada.'

E incluso en contextos claramente caracterizados, hemos detectado algunos casos de cierta ambigüedad pragmática en los que no está del todo claro cuál de estos dos significados es el que se actualiza o, lo que es lo mismo, el medio de ejecución que se pone en marcha para conseguir el objetivo propuesto. Sirva como ejemplo el siguiente fragmento de Plauto, en el que se da un contexto muy propicio para provocar determinadas interferencias, pues la búsqueda de un determinado objetivo bien puede llevar implícita una solicitud o viceversa:

argentum dixi me petere et uasa. (Plaut. *Men.* 1056)

'Dije que intentaría conseguir dinero y equipaje.'

Sin embargo, no en todos los casos resulta tan difícil discernir el significado que se actualiza, pues cada uno responde a criterios y condiciones distintas. En función de nuestro carácter social, la consecución de un objetivo pasa en ocasiones por la intervención de otras personas; en estos casos, el verbo *petere* puede ser empleado para la expresión de una petición, que podemos definir, a grandes rasgos, como el acto de habla con fuerza ilocutiva directiva³⁰ que pre-

³⁰ Término propuesto por Searle a partir de los presupuestos austrianos. Para una clasificación de los actos de habla, con sus tipos y básicos y los subtipos que ocupan posiciones intermedias, adaptada a la lengua latina, puede verse Risselada (1993, 37).

tende provocar una reacción del interlocutor en una dirección determinada: una donación en la mayoría de las ocasiones, aunque también puede obtener un abanico de respuestas mucho más amplio. Esta acepción es, con mucho, la más desarrollada en el latín clásico, puesto que precisamente el carácter genérico de su significado base lo faculta para funcionar como archilexema del campo semántico de la petición. Además, la estructura sintáctica característica de esta acepción, *aliquid ab aliquo petere*, pone de relieve nuevamente la primacía del significado básico que venimos defendiendo, pues de la noción de 'intentar obtener algo de alguien', es muy fácil llegar a la de 'pedir algo a alguien'.

Por último, el significado de 'buscar', que entraña siempre un contenido volitivo claro³¹, se manifiesta cuando el objeto cuya consecución se persigue no está a la vista, por lo que el objetivo específico en este caso es su término resultativo, *inuenire*, es decir, el encuentro mismo. Además, la búsqueda, como acción netamente intencional, «puede incluir, como actividad concomitante, un desplazamiento local» (Domínguez Domínguez 1995, 52), con lo que se pone de manifiesto nuevamente la gran cohesión que poseen todos los significados funcionales que ostenta el verbo *petere*. Su rica polisemia no responde, de este modo, más que a los distintos procedimientos, a los mecanismos concretos que un individuo pone en práctica para culminar un deseo, para alcanzar una meta determinada, en función, como hemos visto, de las diferentes circunstancias en las que pueda verse inmerso.

A la vista de todos los argumentos expuestos, podemos concluir que la raíz indoeuropea *pet- experimentó un doble movimiento en su evolución semasiológica: un cambio de su sustancia semántica por traslación metafórica ('volar' > 'intentar obtener'), justificado por las implicaciones que poseía, en el mundo antiguo, la metáfora estructural ASPIRAR A UNA META ES VOLAR, y una posterior disgregación de este significado, que desembocó en una polisemia neta, en función de las distintas concreciones que fue actualizando, motivadas por criterios diversos, el significado base del lexema latino *petere*.

Bibliografía

- J. BAYET (1984), *La religión romana. Historia política y psicológica (Histoire politique et psychologique de la religion romaine)*, París, Payot), Madrid, Ediciones Cristianidad.

³¹ Así lo expresa Cicerón (*ac.* 2, 26): *quaestio autem est appetitio cognitionis quaestionisque finis inuentio*. Cf. Domínguez Domínguez (1995, 182).

- M. BRÉAL (1924), *Essai de sémantique. Science des significations*, París, Hachette.
- J. L. CIFUENTES HONRUBIA (1990), «La polisemia como prototipo diacrónico», *Anales de Filología Hispánica* 5, 99-119.
- J. CONTRERAS VALVERDE, G. RAMOS ACEBES & I. RICO RICO (1992), *Diccionario de la religión romana*, Madrid, Ediciones Clásicas.
- E. COSERIU (1977), *Principios de semántica estructural*, Madrid, Gredos.
- M. J. CUENCA & J. HILFERTY (1999), *Introducción a la lingüística cognitiva*, Madrid, Ariel Lingüística.
- J. F. DOMÍNGUEZ DOMÍNGUEZ (1995), *Lexemática latina. Estudio de los verbos de «encontrar»*, Universidad de León, Servicio de publicaciones.
- DRAE, Diccionario de la Real Academia Española*, Madrid 1992²¹.
- P. E. EASTERLING & B. M. W. KNOX (eds.) (1990), *Historia de la literatura clásica I. Literatura griega (The Cambridge history of classical literature. I: Greek literature*, Cambridge University Press 1985), Madrid, Gredos.
- A. ERNOUT & A. MEILLET (1974⁴), *Dictionnaire étimologique de la langue latine. Histoire des mots*, París, Klincksieck.
- B. GARCÍA HERNÁNDEZ (1980), *Semántica estructural y Lexemática del verbo*, Reus, Avesta.
- (1991), «Considero. Propuestas etimológicas y contenido semántico», *CFL-Elat* 1, 87-98.
- (1996), «Sème et classème dans la structure du champ sémantique de *uideo*. Révision de quelques opinions», en M. FRUYT & C. MOUSSY (eds.), *Structures lexicales du latin. Actes de la table ronde du VII^e Colloque international de linguistique latine*, París, PUPS, 9-36.
- (1997a), «Sinonimia y diferencia de significado», *RSEL* 27, 1, 1-31.
- (1997b), «La sinonimia, relación onomasiológica en la antesala de la semántica», *RSEL* 27, 2, 381-407.
- *Voces* 8-9, 293-318.
- (1998), «Polisemia y análisis funcional del significado (en honor de M. Bréal)», en ID. (ed.) *Estudios de Lingüística Latina. Actas del IX Coloquio Internacional de Lingüística Latina*, Madrid, Ediciones Clásicas, 891-904.
- (en prensa), «Considerare como lexema visual y término técnico mercantil. El valor heurístico de un texto de Suetonio», *Voces* 10-11.

- F. GARCÍA JURADO & R. LÓPEZ GREGORIS (1995), «Las 'Metáforas de la vida cotidiana' en el lenguaje plautino como procedimiento de caracterización de los personajes», *SIFC (Terza Serie)* 13, 233-245.
- F. GARCÍA JURADO (2000), «Las 'Metáforas de la vida cotidiana' ('Metaphors we live by') en latín y su proyección etimológica en castellano», en M. MARTÍNEZ (ed.), *Cien años de investigación semántica: de Michel Bréal a la actualidad. Actas del congreso Internacional de Semántica*, Madrid, Ediciones Clásicas, 1571-1584.
- (2001), «Semántica cognitiva del latín (I): Los preverbios latinos como 'Metáforas de la vida cotidiana'», en C. MOUSSY (ed.), *De Lingua Latina Novae Quaestiones. Actes du X^e Colloque International de Linguistique Latine*, Louvain-Paris-Sterling, Virginia, Peeters, 755-770.
- V. GARCÍA YEBRA (1981), «Polisemia, ambigüedad y traducción», en W. DIETRICH & H. GECKELER (eds.), *Logos Semantikós. Studia in honorem E. Coseriu*, Madrid, Gredos, 37-51.
- G. KLEIBER (1995), *La semántica de los prototipos. Categoría y sentido léxico (La sémantique du prototype. Catégories et sens lexical)*, París, PUF 1990) Madrid, Visor.
- G. LAKOFF & M. JOHNSON (1991), *Metáforas de la vida cotidiana (Metaphors we live by)*, Chicago-London, The University of Chicago Press 1980) Madrid, Cátedra (Teorema).
- G. LAKOFF (1987), *Women, fire and dangerous things. What categories reveal about the mind*, Chicago-London, The University of Chicago Press.
- R. LAPESA (1981⁹), *Historia de la lengua española*, Madrid, Gredos.
- R. LÓPEZ GREGORIS (en prensa), *El amor en la comedia latina: análisis léxico y semántico*, Madrid, Ediciones Clásicas.
- J. F. MESA SANZ (1998), «Estudio pragmático de *utinam* + subjuntivo», en B. GARCÍA HERNÁNDEZ (ed.), *Estudios de Lingüística Latina. Actas del IX Coloquio Internacional de Lingüística Latina*, Madrid, Ediciones Clásicas, 541-552.
- M^a D. MUÑOZ NÚÑEZ (1999), *La polisemia léxica*, Universidad de Cádiz, Servicio de publicaciones.
- OLD: Oxford Latin Dictionary*, Oxford, Clarendon Press 1982.
- J. POKORNY (1959), *Indogermanisches Etymologisches Wörterbuch*, Bern-München, Francke Verlag.
- R. RISSELADA (1993), *Imperatives and other directive expressions in Latin. A study in the pragmatics of a dead language*, Amsterdam, J. C. Gieben.

- H. RIX (1998), *Lexicon der indogermanischen Verben. Die Wurzeln und ihre Primärstammbildungen*, Wiesbaden, Dr. Ludwig Reichert Verlag.
- C. SANDOZ (1988), «Autour de la racine indo-européenne *pet- 'volar' (pour servir à l'histoire des faits latins)», *TRANEL* 13, 7-13.
- CH. TOURATIER (1996), «Sémème, polysémie et théorie du prototype», *BSL* 91, 1, 77-96.
- A. WALDE (1965), *Lateinisches Etymologisches Wörterbuch*, Heidelberg, Carl Winter Universitätsverlag.